

Con el objeto de difundir el presente aporte y el marco en el cual se desarrolla, este forma parte de las tareas que se ha propuesto llevar a cabo el Grupo de Investigación Cuyaco (Cultura y narración en Colombia) de la Maestría en Semiótica de la UIS, que ya viene haciendo sus aportes al estudio de textos poéticos a través de tesis de sus alumnos que están inéditas. Es de esperar que continúe el interés por la dramaturgia nacional, pues en el pasado se han dado esfuerzos aislados, sin la continuidad y aplicación deseada para que alcancen algún resultado.

Dichos antecedentes se pueden encontrar en un par de tesis de estudiantes de la maestría en Lingüística del Instituto Caro y Cuervo, centradas en la definición de las características del texto teatral, las cuales datan de la década de los años noventa del siglo pasado, cuando la institución contaba con las maestrías en Literatura hispanoamericana y en Lingüística. También existe la tesis inédita (1988), escrita por Álvaro Garzón Marthá, *La actitud trágica en el teatro de la Independencia (1790-1830)*, de la maestría de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Garzón se interesó por algunas obras de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, agrupadas en tres etapas, y las estudió bajo parámetros teóricos de la sociocrítica. Garzón Marthá parte del texto literario para desentrañar la mentalidad social. Precisamente los prólogos de las ediciones de Arango Editores fueron hechos por Garzón manteniendo esta misma línea teórica, lo cual es significativo por la amplia circulación que tuvieron dichos libros, como ya se anotó.

Marina Lamus Obregón

Una revista con su cuento

Odradek, el cuento

ELKIN RESTREPO
Sílabas, Medellín, 2012, 178 págs.

DESDE ABRIL de 2003 existe en Medellín una revista llamada *Odradek, el cuento*, dedicada solo a ese género, dirigida por el poeta, cuentista y editor

Elkin Restrepo, acompañado desde hace algunos años por Claudia Ivonne Giraldo, Lucía Donadío y José Zuleta, también escritores. En 2012 esta revista celebró diez años (aunque un poco adelantados, como se ve), por lo cual editaron un número especial, el veinte, con veintidós cuentos de autores colombianos (incluido un gringo en adopción). Bella edición, bella ilustración, y pastas duras. En el texto de presentación de este número de aniversario, donde dicen cosas ciertas y también ingenuas (“Un niño nunca pide antes de dormirse que le lean una novela”) para defender el cuento ante la mala atmósfera que existe entre los editores que se atreven poco con él, revelan que *Odradek* ha publicado hasta la fecha 272 relatos de autores nacionales y extranjeros. Y dicen que “es apenas la punta del iceberg, mostrando el magnífico presente de un género que, por cierto [...]”. Comentario ostentoso, me parece, porque no creo que ese mismo número de cuentos lo sea de cuentos excelentes, ni siquiera de buenos todos, como para que valga el comentario. Cantidad no es lo mismo que calidad, sobra decir. Aunque no existen muchas publicaciones dedicadas al cuento, de los que logran salir en revistas, periódicos y libros habría que escoger unos pocos muy buenos, algunos buenos y muchos malos y muy malos. De manera que...



En este conjunto de relatos del número de *Odradek* que comento, para no ir más lejos, hay una calidad dispereja, lo cual es normal, faltaba más. Aquí hay autores curtidos en el arte de narrar y los hay más recientes, sin que ello sea directamente proporcional en cuanto a lo memorable de las creaciones. La lista es la siguiente, por orden de aparición: Darío Ruiz Gómez, Elkin

Restrepo, Gonzalo España, Ricardo Cano Gaviria, Roberto Burgos Cantor, Lina María Pérez, Julio Olaciregui, Roberto Rubiano, Juan Fernando Merino, Harold Kremer, Tim Keppel, Claudia Ivonne Giraldo, Consuelo Triviño, Emma Lucía Ardila, Lucía Donadío, José Zuleta, Ana María Cadavid, Guillermo Cardona, Octavio Escobar, Pablo Montoya, Ramón Cote y Carolina Sanín. El orden de los nombres está puesto en relación con la edad de los escritores, de mayor a menor.

Un balance del contenido de la revista no sale parejo porque, como digo, el nivel sube y baja, hay cuentos muy buenos, algunos buenos y otros que, sin ser del todo descartables, salen sin mucha gracia. El último, el de Carolina Sanín, “Hamlet”, es un cuento muy bueno. Un delicioso relato contado en dos etapas: cuento y novela. Un juego a todas luces, como lo es la historia misma. Una niña cuenta cómo en su casa de ocho integrantes, dos de estos son un extraño pájaro que habla y María Claudia, una peculiar, perversa e inolvidable sirvienta. Todo es una trama de humor, de inteligencia sutil, de lenguaje natural y recursivo. La autora hace en este cuento buena literatura sin esfuerzo, sin trucos literarios ni aparentes destrezas para golpear al final, para dar sorpresas que terminan en un nocaut (aquellos que a Cortázar le salió bien casi siempre, pero que se ha vuelto predecible y débil en tantos otros) muy débil, realmente. No le importa no tocar un problema de fondo, un tema de trascendencia. El lector disfruta y se deja enredar en una trama hilarante y genial.

“Revancha”, de Emma Lucía Ardila es también un corto y muy risueño relato desprovisto de toda hondura o intención de aleccionar. Un juego paralelo entre un perro bueno y paciente, un gato que lo mortifica y busca amargarle la vida, y el hombre y la mujer de un matrimonio mal avenido. Huraña y cantaletoza ella, defiende con uñas y dientes a su gato solapado; paciente y resignado él, condesciende y en silencio defiende y resguarda a su atormentado perro. Al final, todo se desencadena en una ruptura de “perros y gatos”, primero entre hombre y mujer, y después entre perro y gato propiamente, donde el perro se suelta y reivindica su condición de

superior frente al minino malévolo. Final hilarante como todo el cuento.

Tim Keppel es un excelente escritor estadounidense radicado en Colombia (en Cali, donde dicta clases hace años en la Universidad del Valle) y autor de un libro de cuentos y de una novela. “Supervivencia” es su cuento de esta revista, una excelente pieza, con ese extraño sello de calidad que tiene, en general, el cuento gringo. Este cuento es la historia de dos matrimonios, dos de cuyos componentes, Beatty y Kate, fueron pareja y ahora lo son de nuevos enlaces, pero continúan siendo amigos. Se reencuentran en casa de Beatty, dado que Kate y su nuevo marido van hacia Canadá y pasan por allí. Los cuatro entablan una conversación que, por momentos, toma un curso inusitado y misterioso, en el cual late algo aunque, para bien de la narración, no se define. El lector va adelante entendiendo perfectamente la historia, pero sin nada definido. Al final, al parecer no pasa nada extraordinario, pero le queda la sensación de haber pasado por algo vital, humano, imperfecto, por un pasaje de vida tangible. Como en Carver, como en Cheever, como en Hemingway, como en Scott Fitzgerald. En un momento de este cuento, en el que están a solas, se presenta una proximidad entre Beatty y Kate (en su vida de pareja ella disfrutaba examinándole la espalda en busca de signos misteriosos, y ahora les entran ganas de volver a hacerlo). Un momento memorable, enigmático, sin resolución, como es el verdadero erotismo.

Roberto Burgos Cantor, uno de los veteranos narradores incluidos aquí, trae un cuento corto, “El espejo”, uno de aquellos textos que, sin duda, quiere escribir todo escritor maduro y con una obra extensa: un relato en el que, decididamente, no pasa nada. Hay tal vez un momento clímax que se desvanece en nada, como una furibunda ola en el mar que termina sumisa en la playa. Queda al lector pensar una vez más en esa mujer que el narrador espía todo el tiempo durante el vuelo en un avión y luego en tierra, por los pasillos del terminal. Una mujer que le atrae y que nunca soltó un espejo en el que se miró y se miró y se arregló el cabello, y pareció prepararse para alguien que nunca llegó. El narrador mirón nada sacó al final, nada pudo

espiar, además de aquella rutina, de aquella expectativa. Una de sus frases finales deja entrever algo que no se descifra, algo que deja el misterio como el protagonista, y tal vez como el desenlace: “Me pareció ver que la mujer envejecía. El espejo no le respondía”.



Pablo Montoya escribe “El velorio”, un cuento en cinco partes, cada una de las cuales es la voz de un personaje diferente: el hijo, la tía, la esposa, la mamá y el primo de un hombre que se ha suicidado y que ahora velan. Cada uno es un monólogo penetrante por el cual transcurre la vida del difunto, un mediocre tipo que llevaba una vida más o menos atormentada por lo cual bebía y escapaba temporalmente, siempre mortificando y sacándole provecho a alguien, casi siempre su mujer. En esos monólogos hay momentos de gran tensión y también de un humor negro o sarcástico, como es usual en este autor, que ha publicado novelas y cuentos, y demostrado una pareja calidad en todo ello.

Varios de los otros cuentos tocan aspectos de la realidad violenta del país, lo cual, creo, no es bueno ni malo. Cierta crítica se queja a menudo de la falta de compromiso del arte con la realidad del país, al tiempo que señala la abundancia de temas existentes, temas que “piden” ser narrados. Otra crítica apunta a la gran mediocridad que ha producido esa literatura y las nefastas consecuencias que se derivan de aquella literatura bien intencionada. Yo me pongo del lado de la segunda. Es evidente que si juntamos lo escrito desde los tiempos en que casi toda la narrativa tenía que ver con la violencia irrigada por los campos colombianos, con las épocas del narcotráfico y el sicariato, y ahora con los asuntos que rodean la vida urbana en general, no

mucho puede sacarse de ahí. El meollo acerca de la eficacia de la literatura siempre estará en la manera como sean abordados los asuntos de la vida, cualquiera que ella sea. Desde lo que tiene la apariencia de tratarse de lo más nimio, hasta los aspectos supuestamente trascendentales (ninguna categoría, sin embargo, le sirve al arte porque en él la vida siempre habrá de transcurrir de manera distinta a como la entendemos corrientemente).

Los cuentos de que hablo, que tocan aspectos como los de los falsos positivos de Soacha, el tráfico de cocaína, la contaminación de los recursos naturales y la extorsión, no son afortunados. En ellos no veo nada extraordinario, me parecen narraciones de las cuales, al final, uno no puede decir algo muy distinto a que son textos que denuncian y que se preocupan por unos temas de candente actualidad, pero en los cuales no sobresale ningún tratamiento extraordinario. Carecen de un lenguaje (e incluso de una historia misma) que plantee una poética, una incursión de riesgo narrativo. “Patíbulo” de Harold Kremer, “Letra herida” de Consuelo Triviño, “Alta cocina” de Gonzalo España, “Semilla de mar” de Lina María Pérez y “Residencias Villaleste”, de Roberto Rubiano entran en esa categoría de cuentos que denuncian o que, por lo menos, tratan problemas de candente actualidad de nuestro país, pero que, como digo, están fabricados para surtir un efecto, y poco más. No me cabe duda de que se trata de buenos narradores en otras páginas, pero no en estas.

Cuentos como “El síndrome del pájaro en la oreja” de Ramón Cote Baraibar, “La risa invisible” de José Zuleta y “La penitencia” de Octavio Escobar son de aquellos cuentos que están escritos pensando en el final. Y en el final ellos quieren sorprender, propinar aquel nocaut que dije antes. Particularmente, creo que en esos cuentos hay más artificio que carnadura, más oficio que lenguaje. Y aunque el oficio es indispensable, claro, un buen relato, muchas veces, es solo una apropiación convincente del lenguaje. Aquí he hablado de algunos casos así.

Luis Germán Sierra J.